

CARTA A MIS AMIGOS

Fernando Cardenal

Gran despliegue noticioso obtuvo en nuestro país la "expulsión" del Padre Fernando Cardenal de la Compañía de Jesús. Un despliegue en profundo contraste con la sobriedad del comunicado oficial leído a la prensa mundial por el P. Johannes Gerhartz, secretario de la orden religiosa, y las sentidas declaraciones del P. Valentín Menéndez, Superior Provincial de los jesuitas en Centroamérica. A pesar de que las presiones sobre los sacerdotes comprometidos en funciones de Estado en Nicaragua son ampliamente conocidas y se ha ejercido durante mucho tiempo, la obligada salida de Fernando Cardenal de la Compañía de Jesús ha causado sorpresa y estupor en muchas personas de la más variada inclinación ideológica. Muchas interrogantes se nos han hecho respecto de la medida, del compromiso de Fernando con el proceso nicaragüense, sobre el papel de los cristianos en el cambio social... etc. La mejor respuesta, en este caso, es la propia palabra del Padre Cardenal. Publicamos, entonces, la "carta a mis amigos" escrita por Fernando cuando sintió que había llegado el momento de hablar para contarle su verdad a sus amigos.

La carta de Fernando conmueve por su integridad y honestidad cristianas. Su experiencia de Dios, su esfuerzo espiritual por seguir los signos de los tiempos y la fortaleza para decir según su conciencia son un testimonio evangélico para todos, estemos o no de acuerdo con su decisión o sus posiciones, políticas. Este texto es, por tanto, además de una respuesta a muchas interrogantes una interpelación a toda decisión que no se funde en la propia conciencia conformada según el Espíritu. Es una carta nacida de la serenidad que da la densidad humana de Fernando. No hay desplantes, ni acusaciones. No hay buenos y malos, víctimas y victimarios. Es una sobria exposición de la convergencia histórica de la fidelidad a Dios y la fidelidad a sus prójimos. Es el fruto de una larga maduración religiosa cristiana.

Tampoco se puede leer este documento sin percibir la profunda lucha que se libra en Nicaragua. La decisión de Fernando Cardenal es una afirmación de fe en el pueblo nicaragüense y en la fidelidad a las mejores intenciones del proceso revolucionario sandinista. La posibilidad de realización de esos ideales está amenazada externa e internamente. La política norteamericana —apoyada directa e indirectamente por sus "aliados" y "amigos"— que combina el hostigamiento militar con la asfixia económica ha ido obligando a la dirigencia sandinista a posponer transformaciones y usar la mayor parte de su energía y recursos en la supervivencia política y la subsistencia física. A pesar de todos los esfuerzos no ha sido posible mejorar las condiciones de vida de la mayoría. Más aún, las urgencias de defenderse para sobrevivir alimentan las tendencias deformantes de cualquier situación límite y exacerbaban los mecanismos de vigilancia y prevención que corren el peligro de convertirse en una nueva amenaza a la liberación del pueblo. Las mejores esperanzas de un proceso social que ha puesto en primer lugar a los más necesitados y ha intentado la participación de los más variados sectores sociales y económicos, son desviadas por la impiedad de quienes ven en su éxito una amenaza a su propio dominio y un cuestionamiento a sus propios fundamentos de vida social.

La situación actual de Nicaragua y el caso de Fernando Cardenal le dan una nueva actualidad a la vivencia apostólica de S. Pablo: "Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados pero no desesperados; acosados pero no abandonados; nos derriban pero no nos rematan; paseamos continuamente en nuestro cuerpo el suplicio de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo; es decir, que a nosotros que tenemos la vida, continuamente nos entregan a la muerte por causa de Jesús para que también la vida de Jesús se transparente en nuestra carne mortal" (2a. carta a los Corintios, 4,8-11). (N. de la R.)

INTRODUCCION

En los últimos años de mi vida (1979-1984), principalmente en los meses de 1984, un buen número de amigos de diversos países, cristianos o simpatizantes de Cristianismo, Cardenales, Obispos, Sacerdotes, hermanos Jesuitas, Religiosos, Religiosas y amigos seculares me han escrito, se han interesado por mí. En los últimos meses no he contestado esas cartas. Aguardé con silencio agradecido esperando el momento de poder contar toda la verdad.

Varias veces la prensa nacional e internacional se ha referido a mí, haciendo afirmaciones verdaderas y también falsas. Ha llegado el momento de hablar. Quiero dar una respuesta sencilla, fraterna, sin protagonismo que no tiene sentido alguno en la situación en que vive Nicaragua, dando al mismo tiempo mi sincera visión de lo que ha sucedido y está sucediendo. Es la visión limitada y parcial de una persona pero es mi visión y creo que debo compartirla con quienes se interesan por mí. Es sobre todo una carta llena de agradecimiento. Ningún hombre será olvidado.

Sé de antemano, que algunos, no Uds., tratarán de manipular y mal interpretar todo lo que diga pero pienso que

debo hacerlo. En las páginas siguientes intento señalar cuál es el estado de la cuestión (Nos. I - II) e indicar, brevemente, los cambios por los que el Señor me ha llevado (Nos. III - VI).

I. LAS PRESIONES ECLESIASTICAS Y MI OBJECION DE CONCIENCIA

Muy poco después del triunfo de la Revolución Sandinista, los Obispos de Nicaragua comenzaron a presionarnos a los Sacerdotes que estábamos en la Revolución para que abandonáramos nuestro compromiso en ella. En ese entonces el P. Miguel D'Escoto, era Ministro de Relaciones Exteriores; mi hermano Ernesto, Ministro de Cultura; el P. Edgar Parrales, Ministro de Bienestar Social y yo encargado de la Alfabetización. Después de largos meses de tensiones, finalmente en Junio de 1981 la Conferencia Episcopal de Nicaragua nos concedió permiso para continuar en nuestro trabajo, como una excepción, por razón de la emergencia que vivía el país; por nuestra parte debíamos renunciar "voluntariamente" a celebrar cualquier Sacramento en público o en privado. Desde entonces nunca nos volvieron a conceder una reunión, aunque la hemos solicitado varias veces.

Antes de un año de este acuerdo, los Obispos comenzaron

de nuevo las presiones para que dejáramos definitivamente nuestros trabajos en la Revolución. Estas presiones no se nos hacían en forma personal, siempre las hacían a través de los medios de comunicación social. En los dos últimos años también ha venido participando en estas presiones el Vaticano, pero tampoco en forma personal o directa. Desde que acepté el nombramiento de Ministro de Educación, las presiones a través de los medios se han intensificado mucho más, hasta tal punto que veo claramente que en estas semanas de final del año 1984 se me presentará ya la disyuntiva final de abandonar mi compromiso con la Revolución Nicaragüense o ser expulsado de la Compañía de Jesús y recibir las sanciones eclesiásticas de la suspensión a divinis y el entredicho.

Yo creía poder alimentar la esperanza de que la Iglesia iba a ver en mi trabajo un servicio apostólico de tipo misionero, en la línea de la presencia evangélica inculturante, desde dentro de un proceso histórico nuevo que opta por los pobres. Por ello creía poder mantener la esperanza de que no llegaría a presentarse un conflicto entre un deseo u orden de la Iglesia y mi conciencia.

A lo largo de estos últimos meses dediqué mucho tiempo al discernimiento y a la dirección espiritual, siempre acompañado de intensa oración para acertar mejor en mi decisión. Todo mi caso lo he tratado con hombres de profunda experiencia espiritual, amantes de la Iglesia y conocedores del espíritu de la Compañía de Jesús.

Por eso, puedo con responsabilidad afirmar que tengo una objeción de conciencia, honesta, objetiva y seria, para aceptar las presiones de las autoridades eclesiásticas. Sinceramente, considero delante de Dios que cometería pecado grave si yo abandonara en las actuales circunstancias mi opción sacerdotal por los pobres, concientizada actualmente en Nicaragua por mi trabajo en la Revolución Popular Sandinista.

Mi conciencia capta como en una intuición global, que es de Dios mi compromiso en la causa de los pobres de Nicaragua y que es de Dios mi deseo de no abandonar mi trabajo, que para mí hoy ser fiel al Evangelio y cumplir el plan de Dios sobre mi vida es seguir con mis responsabilidades actuales. No logro concebir un Dios que me pida abandonar mi compromiso con el pueblo.

Pero haciendo un análisis, fácilmente encuentro muchas razones que refuerzan la captación de mi conciencia. Algunas, dichas brevemente son las siguientes:

a) Este proceso revolucionario de Nicaragua, a pesar de los errores inherentes a toda obra humana, y que por estar yo dentro de él veo muy claramente, es un proceso que pone por encima de todo, los intereses de los pobres. Políticamente, por lo tanto, es una traducción legítima de la opción preferencial por los pobres de la Iglesia Latinoamericana.

b) Compruebo que este proceso, de nuevo a pesar de sus errores, trata de crear un modelo original de Revolución, uno de cuyos rasgos más característicos es el respeto a la Religión cristiana de la mayoría de los nicaragüenses, y la participación activa de dirigentes religiosos en la construcción de la nueva sociedad.

c) Experimento que, en medio de tendencias a la increencia, mi presencia sacerdotal, religiosa y cristiana entre los revolucionarios, es un testimonio importante del valor y el papel de la Fe. Esta actividad mía la veo dentro del Decreto IV, de la Congregación General 32 y del encargo especial frente al ateísmo dado a la Compañía por su Santidad Pablo VI.

d) Desde el final de la Tercera Probación, en 1970, prometí vivir al servicio de los pobres mi sacerdocio, dejándome llevar por los impulsos del Espíritu en las concreciones. Desde entonces creo haber cumplido, con la gracia de Dios, esta promesa; siempre en consulta con mi Comunidad Religiosa, ampliamente entendida y con mis superiores de la Compañía de Jesús. Esa promesa se cumple hoy en Nicaragua radicalmente abajando dentro de la Revolución.

e) Desde entonces he animado como Sacerdote a muchísi-

mos jóvenes y a muchos adultos, así de las clases adineradas como de las populares, a entregarse movidos por su Fe, de la manera más eficaz posible, a la causa de los pobres; en Nicaragua, esta causa estaba siendo llevada adelante por el F.S.L.N. Un número no pequeño de ellos siguieron mis palabras y se metieron como fermento en la masa y en nuestra historia; fueron asesinados miles, entre ellos, mi cuñado y tres sobrinos. Lazos de sangre derramada me unen también a esta causa, a este pueblo.

f) Estoy convencido de que nuestra presencia en la Revolución nicaragüense en estos momentos tiene una gran trascendencia, no sólo para este proceso, sino también para todos los procesos de transformación social que se darán en América Latina. Se necesita ser ciego para no verlo. No creemos en modelos, pero las experiencias iluminan, y sobre todo inspiran.

g) Tengo la impresión de que es tan novedoso y original nuestro proceso revolucionario, que es difícil comprenderlo desde fuera. Sinceramente siento que no se comprende bien el desafío que, sin pretenderlo y sin meritos personales para ello, tenemos por delante, la responsabilidad que pesa sobre nuestros hombros y las repercusiones que tiene en estos momentos cualquier decisión definitiva de parte nuestra. Los centenares de cartas que nos han escrito de todas partes son una de las pruebas palpables de lo que afirmamos.

h) Nuestra pequeña Nicaragua es casi totalmente indefensa ante el alud de calumnias y manipulaciones noticiosas de toda índole, que pretenden deslegitimarla, denigrarla y justificar así más fácilmente una agresión militar contra ella. La causa del pueblo, la verdadera causa, necesita contrarrestar tanto lodo e infamia. Nosotros algo podemos hacer. Por eso seguiremos de pie, firme, junto al pueblo, en la Revolución, clamando a todos los que quieren oír, con toda la fuerza de nuestra credibilidad sacerdotal y con toda la autoridad moral que tenemos ante nuestros amigos: "No crean las calumnias sobre Nicaragua; cometemos errores al caminar como todos los humanos, pero no como afirman nuestros detractores. Nuestras metas son justas, nobles, bellas y santas". Nicaragua hoy más que nunca necesita testigos calificados de la verdad y justicia de su causa. Y aquí debemos estar.

i) Dejar la Revolución precisamente en estos momentos sería tomado como una deserción del compromiso con los pobres y difícilmente podría yo convencerme que ahora, no sólo sería mi retiro una traición a la causa de los pobres, sino una traición a la Patria. El análisis más razonable de la situación internacional nos indica que en cualquier momento podemos pasar de ser una nación agredida por contrarrevolucionarios apoyados oficial y públicamente por el actual Gobierno Norteamericano, a ser una nación más intervenida directamente por fuerzas militares del Gobierno de los Estados Unidos, precisamente porque la actual administración norteamericana no quiere aceptar la Revolución Popular Sandinista.

j) Cuando el país entero está en "alerta general" y el Ejército Sandinista en disposición combativa esperando la agresión militar, a mí se me ordena que deje la Revolución. La misión que se me ha dado para el tiempo de una intervención es peligrosa. Yo sé claramente que mi vida está en mayor peligro que en los tiempos de la lucha contra la dictadura somocista, pero no puedo abandonar a mi pueblo. Nunca lo abandonaré. Amo más esta causa que mi vida, y me piden que la abandone precisamente cuando está el pueblo en mayor peligro, calumniado y acosado por el país más poderoso de la tierra.

k) La orden que se me da me obliga a tomar decisiones de conciencia, pero yo capto que las presiones que provocan esta orden no nacen de una reflexión teológica, ni de inspiración evangélica o de necesidades pastorales. En comunión con la Iglesia, tengo el derecho de decir que algunos Obispos de Nicaragua tienen un proyecto político que ayer y hoy sigue demostrando estar en abierta contradicción con los intereses de las mayorías pobres de Nicaragua.

También la Santa Sede, en el caso de Nicaragua, se ve apriada por concepciones en el campo político a las que ha llegado por traumas producidos por los conflictos de Europa del Este y que nada tienen que ver con la historia del pueblo de Dios en nuestras tierras latinoamericanas y mucho menos con el proceso revolucionario nicaraguense. Desde aquí percibimos que la política Vaticana hacia Nicaragua coincide con la del Presidente Reagan. Se pretende deslegitimar el Proceso Revolucionario con nuestro retiro. En Nicaragua no tiene por qué haber ningún problema religioso fundamental entre la Iglesia y la Revolución. Aquí no entra en discusión ningún dogma de la Fe Cristiana, ninguna doctrina católica ni ningún postulado de la moral cristiana, lo que existe es un enfrentamiento político. Los Obispos se han mostrado públicamente unidos a los que atacan a la Revolución, a los que desean la destrucción de este régimen para regresar al pasado. La aplicación rígida del Canon 285 3 no puede dejar de aparecer en Nicaragua como un pretexto para intentar con nosotros debilitar a la Revolución, uniéndose esta acción a la serie de agresiones de todo tipo que el Gobierno y sus aliados dirigen contra nuestro pequeño país. Quieren facilitar el trabajo de Goliat para destruir a David.

Además este asunto nuestro ha sido llevado por los Obispos en forma muy poco pastoral. Seis veces he solicitado a la Conferencia Episcopal de Nicaragua que me reciban para dialogar con ellos y ni siquiera contestan mis cartas. Es doloroso sentirse rechazado permanentemente por los Pastores.

El 8 de Julio de este año, antes de hacerse público mi nombramiento como Ministro de Educación, escribí al Presidente de la Conferencia (con copia a cada uno de los Obispos), pidiéndoles me dieran oportunidad de dialogar con ellos y terminaba la carta con este párrafo: "Desde ahora señalo a Ud. mi mejor disposición de abordar con Ud. o con toda la Conferencia Episcopal, cualquier inquietud, problema o perspectiva que Uds. lleven en su corazón, en el campo de la Educación".

Esta carta tuvo la misma suerte que las anteriores; no fue contestada.

Todo este conjunto de razones son algunos de los elementos que me llevaron por —primera vez en 32 años de vida jesuita— a tener problemas con una obediencia. En el caso que nos ocupa, tengo una objeción seria de conciencia para obedecer. No es un sentimiento pasajero. Hace dos años le decía al P. Teófilo Cabestrero en la entrevista que luego apareció en el libro: "Ministros de Dios, Ministros del Pueblo".

"Yo siento profundamente el llamado religioso a la obediencia a Dios. Nunca en mi vida he hecho sacrificios más grandes por la obediencia a Dios que en la Revolución. Y nunca en mis 30 años de vida religiosa he comprendido más profundamente la importancia de la obediencia de la Fe que es la obediencia a la voluntad de Dios. Pero esa obediencia a Dios pasa por la escucha de las voces y el clamor de nuestro pueblo pobre y sufrido. Yo busco obedecer a Dios por encima de todas las cosas y siento que nadie ni nada me puede apartar del camino de la obediencia. Y puedo decir sin ninguna exageración y sin vanidad alguna (porque hemos tenido suficiente entrenamiento exponiendo la vida muchas veces), que no temo ni a la muerte, no tengo miedo y estoy dispuesto a todo por ser obediente a mi conciencia que me pide obedecer a Dios siendo fiel sin condiciones, siempre, a toda hora, a mi pueblo; a ese pueblo que sufre todavía la miseria de un país que en tres años no puede hacer el milagro de pasar de la miseria al desarrollo, por tantas necesidades, por la herencia de destrozo y de saqueo, por el bloqueo, por las agresiones...

Quiero que quede bien claro que por mi fe en el Señor y la obediencia de fe al Señor, a que me he consagrado en la vida religiosa y en el sacerdocio, mi conciencia me lleva, después de pensarlo, todo, a esa obligación irreductible, irrevocable e irreversible de compromiso con el pueblo. Y para mí es claro que eso es lo que Dios me pide, eso es lo que Dios quie-

re. Y estoy dispuesto a ir a la muerte por cumplir eso. Y no hay nada ni nadie que me pueda sacar de ahí. Cualquiera otra cosa que vaya en contra del compromiso con el pueblo para mí claramente va en contra de la voluntad de Dios y sería pecado.

Tengo experiencias personales muy claras en las que he visto que traicionaría a Dios, faltaría a su voluntad si, en nombre de quién sabe qué ley, abandonara a mi pueblo, a los pobres, a los estudiantes que iban a la huelga de hambre por sus compañeros que estaban sufriendo a manos de la guardia. Varias veces. Y lo mismo siento ahora, pero ahora con mucha mayor profundidad porque aquello era el comienzo".

Hoy, dos años después de expresar este testimonio, lo afirmo con mayor convicción.

II. ANTE EL ULTIMATUM Y SANCIONES DE LAS AUTORIDADES ECLESIASTICAS

a) Creo que el Canon 285 es válido, no estoy en contra de él. Creo también que hoy más que nunca debería renovarse la excepción a los sacerdotes en Nicaragua, porque hoy más que nunca la Iglesia debe dar testimonio de estar del lado de los pobres, cuando se quiere acosar y aún destruir sus esperanzas.

b) Mantengo mi objeción de conciencia. Mi comunidad religiosa testimonia que es sincera y que su motivación es evangélica. Creo que sería pecado abandonar el pueblo, y más aún cuando está siendo agredida militar, económica, política y hasta noticiosamente. Siento que Dios no puede pedirme que me ponga del lado de los que quieren devorar al pueblo como pan.

c) En ningún momento pediré salir de la Compañía de Jesús y tanto una posible expulsión de ella—que considero presionada— como las sanciones que quieren imponerme los Obispos las considero injustas y abusivas. Reconozco la autoridad en la Iglesia y también sé que no es arbitraria ni ilimitada. Por eso protesto por lo que me parece un abuso de autoridad.

d) Seguiré viviendo como religioso y, con la gracia de Dios, intentaré seguir manteniendo el celibato. Mi sacerdocio no me lo puede quitar nadie. Con la ayuda del Señor y en comunión con la Iglesia espero seguir siendo dirigente espiritual de mi pueblo, es decir servidor de él incluso hasta dar la vida por el crecimiento de las condiciones para su liberación total.

e) Me considero pecador. Tengo una profunda conciencia de ello. No quiero que nadie me idealice porque sería un gran error. Pero lo interesante del caso es que no me castigan por mis pecados sino por lo que yo experimento como el llamado de Dios a mí, a cuya respuesta no puedo negarme.

f) Agradezco el apoyo, los consejos y la profunda amistad de mi Comunidad Jesuita de Bosques de Altamira, especialmente al Padre Superior de ella, Peter Marchetti S.J. Todos estos años ellos han sido mis mejores amigos y hermanos.

Agradezco al Delegado del Padre Provincial para Nicaragua, Padre Iñaki Zubizarreta S.J. siempre interesado en mi caso. Un gran amigo y un hombre según el corazón de Dios.

El Padre Provincial de Centroamérica, Valentín Menéndez S.J. me ha acompañado con sincera simpatía, comprensión y apoyo. También quiero agradecer al R.P. Peter-Hans Kolvenbach S.J., Superior General de la Compañía de Jesús, por el respeto a mi objeción de conciencia, por su aprecio personal y el interés que ha puesto en solucionar positivamente mi caso.

g) Quien se negó rotundamente a conceder la excepción a los sacerdotes de Nicaragua para seguir trabajando en el Gobierno Revolucionario fue el Papa Juan Pablo II. Me duele esta afirmación pero cristianamente no puedo callarlo.

Cuando en el año 1982 me mandó a decir el entonces Delegado Pontificio en la Compañía de Jesús, Paolo Dezza S.J. que debía dejar mi trabajo en la Juventud Sandinista, le escribí pidiéndole me diera por escrito, las razones por las cuales debía yo abandonar esa labor con los jóvenes revolucionarios,

para reflexionar sobre ellas. El Padre Dezza, S.J. me contestó el 12 de enero de 1983. No había razones. Era una orden del Papa. Transcribo textualmente los principales párrafos de esa carta:

"Mucho aprecio lo que Usted ha podido hacer en favor de sus hermanos nicaragüenses en muy diversas formas, particularmente en la Cruzada Nacional de Alfabetización, y cómo ha tratado de presentar un claro testimonio de identidad sacerdotal y jesuítica, aún rechazando cargos que no parecían compatibles con su vocación religiosa, aunque pudiesen reportar, por otro lado, un servicio al país. A nombre de la Compañía quiero expresarle un hondo reconocimiento y gratitud y, al mismo tiempo, manifestarle con claridad la situación presente.

Como usted sabe, he comunicado al P. Provincial el deseo confirmado del Santo Padre de que se retiren todos los sacerdotes, no sólo los jesuitas, de ese tipo de colaboración con el Gobierno en que están comprometidos formando parte de algunos organismos oficiales. El cargo que Usted desempeña, aunque no sea directamente del Gobierno, está muy estrechamente ligado a él por tratarse de una organización política del Frente Sandinista. Y aunque se pueda hacer verdadero apostolado en un puesto como el que Usted tiene, el Santo Padre ha manifestado reiteradamente su voluntad de que tales oficios no sean ejercidos por sacerdotes y espera que los jesuitas demos el ejemplo en esta obediencia. Es necesario, por tanto, que cumplamos la voluntad del Santo Padre con prontitud y espíritu de Fe.

Como ve, querido P. Cardenal, se trata de una situación delicada y difícil; pero creo que Dios nos dará su luz y su gracia para poder responder con toda nuestra confianza puesta en el Señor, quien con su ejemplo nos mostró una obediencia que parecía locura a los hombres, pero que fue amor hecho redención para todos los hombres de todos los tiempos.

Comprendo que le pido a Usted una obediencia difícil, en donde los razonamientos humanos pueden parecer insuficientes, pero estoy seguro que Dios premiará la fe de Usted y la hará apostólicamente fecunda. Cuente para ello con mis oraciones, con mi aprecio y con mi ayuda en todo lo que esté de mi mano".

Para quien haya leído hasta aquí este escrito tal vez quede claro que para mí "el amor que se hace redención", pasando

por la pasión y la muerte de Jesucristo, es el amor que me lleva a seguir mi conciencia y continuar sirviendo a esta Revolución calumniada y agredida en la que creo se concreta en Nicaragua la causa de los pobres. Siendo como es una decisión en conciencia no pretendo erigirla en ejemplo o en pauta. Otros podrían sentir de otra forma la fidelidad y sus exigencias, igualmente en conciencia. Para mí sería pecado delante de Dios no seguir este camino duro y doloroso, que sólo se suaviza con la esperanza de que mi permanente comunión con la Iglesia y mi obediencia a Dios en mi conciencia justifiquen al Señor de la Historia y a la misma Iglesia delante de mi pueblo.

Necesito la oración y la solidaridad de todos ustedes, los que me han escrito, se han solidarizado con este conflicto y con la causa de los pobres de Nicaragua y su Revolución; necesito la oración de Uds., y confío en ella, para sostenerme en el resto de mi vida, para ayudar a sostener también el aguante y el valor de mi pueblo.

Me parece conveniente completar este testimonio con una explicación histórica, para que se comprenda mejor por qué y cómo llegué a integrarme a la lucha del Frente Sandinista de Liberación Nacional y las motivaciones que me han mantenido, durante 12 años, dentro de la Revolución nicaragüense, lo que voy a decir yo lo he declarado, de una y otra forma públicamente en varias ocasiones.

III. PUNTOS DE PARTIDA

Mucho se ha escrito sobre la participación de los sacerdotes en política. Yo creo que mi mejor aportación será contar mi experiencia. Nuestras opciones han sido tomadas al ser cuestionados y desafiados por la historia concreta de nuestros países, y sólo conociendo esa historia se podrán comprender nuestras posiciones.

Nuestro compromiso tiene varios puntos de partida:

1. Parto de la base de que el pueblo de Dios y las masas de los pobres han tenido en América Latina la experiencia de ver a líderes de la Iglesia dar apoyo a los poderes opresores o entrar en alianzas no escritas con tales poderes. Nuestro pueblo sencillo se ha acostumbrado a ver la cruz bendiciendo la espada opresora.

2. En nuestros países no han existido condiciones reales para que los pobres estén auténticamente representados en el poder por medios democráticos. En mi país tampoco habían existido en concreto instituciones democráticas reales. Basta señalar dos hechos solamente, pero nos dan una idea del mundo en que nos hemos movido: a) Teníamos más del 51 por ciento de analfabetos y un gran porcentaje que sabiendo leer nunca lo hacían. b) Durante casi cincuenta años, tres miembros de la familia Somoza se mantuvieron en el poder, además, el empobrecimiento y opresión a que la gran mayoría ha sido sometida ha impedido tener suficientes candidatos para puestos de servicio público una vez realizado el triunfo revolucionario.

3. Mi tercer punto de partida es que los movimientos revolucionarios que luchan por la justicia en nuestros países son presentados como "terroristas" o "subversivos" por la propaganda de países más potentes en nuestra área, mientras dura su lucha, y si llegan al triunfo, son presentados como desviándose al totalitarismo y al ateísmo militante, por la misma propaganda.

Por todas estas razones, mi apelación sería que al considerar el compromiso con la política de sacerdotes en países del Tercer Mundo, y en concreto en países cuya fe religiosa mayoritaria es la católica, se proceda en la Iglesia universal con un respeto al principio misionero de inculturación, no se trate uniformemente el caso, como se trata en países desarrollados, y se procure explorar las nuevas formas que puede requerir una auténtica opción por los pobres.

ENCUENTRO

SELECCIONES PARA LATINOAMERICA

- o Verdadera revista-enciclopedia, siempre al día; 11 volúmenes al año.
- o Selección de artículos de las mejores revistas europeas y americanas.
- o Reproducidas íntegramente, y dado el caso, traducidas al castellano.
- o De Sociopolítica y Economía, de Filosofía, Psicología, Antropología, Historia, Educación, Mass Media, Teología y Cultura en general.
- o Voluminosa, con unas 180 páginas de formato grande y unos 25 artículos importantes en cada número.

Editada por el CENTRO DE PROYECCION CRISTIANA, Jr. Aguarico 586, Breña, Lima - PERU. Telf.: 232609.

SUSCRIPCIONES AMERICA LATINA

Vía superficie, correo certificado, ENCUENTRO (1 al 11 ó 12 al 22): 55 \$ USA; (23 al 33): 64 \$ USA.

Vía aérea, correo certificado, ENCUENTRO (1 al 11 ó 12 al 22): 65 \$ USA; (23 al 33): 80 \$ USA.

IV. PAPEL DE LOS SACERDOTES CATOLICOS EN LA LUCHA POR EL DERROCAMIENTO DE LA DICTADURA

Nuestro pueblo ha vivido desde hace cuatro siglos en medio de la miseria, desnutrición, analfabetismo y abandono; trabajando en condiciones injustas e inhumanas, sin medios de comunicación, sin centros de salud, sin escuelas, sin cultura, sin ninguna participación en el destino del país, sin la menor posibilidad de ser protagonista de su historia. A estos males hay que añadir la dictadura somocista durante medio siglo, que llenó nuestro país de las más graves injusticias, de falta de libertad y una constante y feroz represión.

Nuestra gente ha estado siempre luchando, sobre todo de una forma organizada y eficaz desde la fundación del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en 1961. Miles de nicaragüenses fueron asesinados a lo largo de esos años. Pero surgían nuevos héroes que luchaban ofreciendo hasta la última gota de su sangre por sacar al pueblo de la esclavitud, sin temor al Faraón.

Nuestra Iglesia convivía tranquila y en paz con los opresores. Algunos hechos son significativos. En Nicaragua nunca se olvidará que durante los funerales del General Somoza García, fundador de la dinastía, el entonces Arzobispo de Managua le aplicó al dictador el título de "Príncipe de la Iglesia".

En 1967 fueron capturados y luego asesinados varios dirigentes del FSLN; en esa ocasión, el Obispo Auxiliar de Managua publicó un artículo en el periódico del gobierno en que prácticamente justificaba la represión por la razón de que esos jóvenes eran, según él, comunistas.

Nunca olvidaré que a mi regreso a Nicaragua en 1968, ya ordenado sacerdote, cuando la lucha popular y la represión crecían día a día, conocí la primera carta pastoral de los Obispos de Nicaragua. No aportaba ningún elemento teológico para discernir mejor la voluntad de Dios en aquellos difíciles tiempos; únicamente nos exigía a los sacerdotes usar sotana negra. Ni una palabra sobre la negra situación de nuestro pueblo. Con gloriosas excepciones, nuestra Iglesia mantenía una alianza con la dictadura.

Tuve que salir del país en 1969 por nueve meses, ya que me faltaba completar mi formación religiosa con el último curso que hacemos los jesuitas, llamado Tercera Probación. Yo pedí hacerla en la ciudad de Medellín (Colombia), pues ahí habían trasladado el curso, del hermoso edificio de cuatro plantas instalado entre jardines y canchas deportivas, a un barrio marginado del cinturón de miseria de la ciudad de Medellín. Un año antes se había realizado ahí la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Viví esos meses en medio de gente acosada por el hambre, la desocupación y las enfermedades, sin luz eléctrica ni ninguna comodidad ni servicio urbano. Llegué a amar enormemente a aquellas personas y la convivencia con ellos marcó para siempre mi vida.

Mi fe cristiana, mis sentimientos humanos, todo lo que veía y oía me llevaban a diario a una conclusión que surgía de lo más profundo de mi ser: ¡Esto no puede seguir así! ¡No es justo que haya tanta miseria! ¡Dios no puede ser neutral ante esta situación!

Mi experiencia espiritual entre aquellos pobres confirmaba el concepto que yo sacaba de la Biblia, de un Dios no neutral, sino que escuchaba el clamor de los oprimidos y tomaba parte en su causa. Nunca la Biblia me pareció más clara que leyéndola desde los fangales y la miseria de aquel barrio.

A mediados de 1970 terminé el curso y regresé a mi Patria, haciendo antes un juramento a los pobladores de aquel barrio de Medellín: "Dedicaré mi vida a la liberación integral de los pobres de América Latina, ahí donde sea más útil". Comencé a trabajar en la Universidad Centroamericana (UCA) de Managua como Vice-Rector, encargado de estudiantes. Una larga noche sigue cubriendo a nuestro pueblo: dictadura, dependencia, cárcel, torturas, hambre, corrupción, desnutrición, miedo,

muerte y violación de todos los derechos humanos y civiles, etc. La Iglesia Católica Oficial sigue conviviendo pacíficamente con aquel régimen genocida. Media docena de sacerdotes están intentando ensayar la nueva pastoral que nace de los documentos de Medellín.

El FSLN ya es conocido por todos y se ha ganado el respeto y la simpatía del pueblo por su valiente y limpia lucha a favor del pueblo y en contra de la dictadura. Inspirados en los documentos de Medellín y buscando la liberación integral del hombre, algunos sacerdotes comenzamos a participar en todas las luchas cívicas del pueblo por su liberación: manifestaciones, tomas de Iglesias, huelgas de hambre, discursos en Asambleas, artículos en los periódicos, etc.

También comienzan a tomar parte en la lucha del pueblo los grupos estudiantiles cristianos, que tanta importancia van a tener después.

El momento más significativo de la participación cristiana en la lucha del pueblo fue la primera ocupación de la Catedral. Tres sacerdotes acompañamos a cerca de un centenar de estudiantes de la Universidad Católica (UCA) en una huelga de hambre en la Catedral de Managua, en 1970, exigiendo que se respetara la vida de los estudiantes de la Universidad que habían sido capturados en los últimos días, que pudiéramos hablar con ellos y que, según manda la Ley de Nicaragua, a los diez días fueran liberados o pasaran a un Juez con cargos concretos.

Lo normal en Nicaragua era que los presos políticos pasaran semanas de torturas en las Oficinas de la Seguridad Nacional. La toma de la Catedral causó una conmoción nacional. El ejército rodeo el templo amenazadoramente; nosotros tocamos las campanas a duelo cada quince minutos, día y noche; y anunciamos que seguiríamos tocándolas hasta que se hiciera justicia y se cumpliera la ley. De las principales parroquias de Managua llegaban grandes grupos a sentarse en la plaza apoyándonos; llegaron miles, miles pasaban saludándonos desde autobuses y automóviles. En tres días y medio hicimos ceder al dictador. Por primera vez un grupo cristiano había tenido una actuación pública contundente. Se publicaron comunicados de apoyo de los Cursillos de Cristiandad, Movimiento Familiar Cristiano, Comunidades de Base, etc. A los pocos días, la Conferencia Episcopal de Nicaragua publicó una carta pastoral condenando nuestra protesta. Miles de cristianos firmaron una carta respetuosa en que se les hacía ver a los Obispos que más que el templo de piedra, era el cuerpo de los estudiantes el templo del Espíritu Santo y que eran profanados y torturados en las cárceles. Pero lo más fundamental del escrito era la parte en que se les decía que el pueblo de Nicaragua había escogido un camino: el de la lucha por la justicia, y ellos, los pastores, en vez de ponerse a la cabeza de ese pueblo, se ponían a un lado y lo condenaban. En adelante, en todos los momentos de la lucha del pueblo estarían presentes siempre los cristianos.

En mis intervenciones ante grupos cristianos les decía: América Latina se encamina hacia su transformación. La Revolución en Nicaragua se hará pronto. Es importante tener presente que esta Revolución se hará con los cristianos, sin los cristianos, a pesar de los cristianos o contra los cristianos. Después de años, muchos me recuerdan esa frase en diversas partes del país.

Sabía que era importante que la Iglesia no quedara descalificada, que los jóvenes pudieran ver que ella tenía un proyecto de justicia para los explotados: paradójicamente, el problema de la unión entre cristianos y revolucionarios en Nicaragua no vendría de éstos, sino de los cristianos. Yo conocí personalmente al fundador del FSLN, Comandante en Jefe Carlos Fonseca Amador (asesinado en 1976), y conocí su apertura y su deseo de unidad con los cristianos. Estudié los estatutos del FSLN escritos por él en 1969, donde habla de libertad religiosa y apoyo a los sacerdotes que trabajan por el pueblo.

En el año 1970 me entrevisté con el Comandante Oscar Turcios, miembro de la Dirección Nacional del FSLN (asesinado en 1973). El me dijo en esa ocasión: "Lo importante no es que tú creas que hay otra vida y que yo, por el contrario, crea que me termino aquí, sino que la pregunta fundamental es si creemos que ambos podemos trabajar juntos en la construcción de una nueva sociedad".

Las comunidades cristianas, y sobre todo los jóvenes cristianos, comenzaron a tener cada vez una mayor participación en aquella lenta y arriesgada marcha hacia su liberación. La fe movía a miles de nicaragüenses, que se fueron comprometiendo en esta lucha de forma espontánea y natural. Comprendían que luchando por la justicia y por los pobres estaban siguiendo la causa de Dios. Gracias a ellos la Revolución en Nicaragua se hizo con los cristianos.

Cuando en 1973 el Comandante Eduardo Contreras (asesinado en 1976) me solicitó que me integrara oficialmente al trabajo del FSLN; yo sólo recordé en un instante la parábola del Buen Samaritano, y me pareció obvio que yo no debía ser como aquel sacerdote y aquel levita que siguieron de largo abandonando al herido. Los samaritanos de Nicaragua me pedían que les ayudara a curar a nuestro pueblo herido, y desde mi fe cristiana sólo encontré una respuesta: el compromiso. Seguí trabajando con estudiantes, dando Ejercicios Espirituales, dirigiendo Cursillos de Cristiandad y manteniendo mi cátedra de Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN), pero colaborando con el FSLN en su lucha por la liberación nacional, en forma secreta.

Nuestro caminar con el pueblo nos llevó a aportar la legitimidad de nuestro prestigio como sacerdotes, de nuestra exigencia moral, de nuestra lucha por la unidad, de nuestra siembra del hombre nuevo, dándole nuestra adhesión a la única fuerza concreta que tenía un auténtico proyecto de justicia para nuestro pueblo. Ahí se hacía concreto el amor al prójimo y la preferencia por los pobres. No se trataba de varios proyectos compatibles con el ideal cristiano. Sólo había uno que podía precisamente conquistar para el pueblo el derecho de participar en la construcción de su historia. Había que ilegitimar la alianza con el poder opresor, que hasta entonces era tan generalizada a nivel de la Iglesia oficial. Mi formación y mis estudios me prepararon para la enseñanza, los Ejercicios Espirituales y la pastoral sacramentaria. El clamor de los oprimidos y la realidad de mi país me fueron llevando a descubrir otros aspectos del mismo Ministerio Sacerdotal. No había ninguna ruptura con el sacerdocio; únicamente fui enfatizando más la parte profética de éste. Era opción coherente con las diversas dimensiones del sacerdocio y que explicitaba no tanto los elementos ya contenidos en el ministerio según el Antiguo Testamento, sino los aspectos proféticos que mostró Jesús en el Nuevo.

Mi trabajo se fue haciendo cada día más peligroso, ya que la mayor parte de mis actividades revolucionarias eran públicas. Las autoridades somocistas me expulsaron en 1970 de la Universidad Centroamericana (UCA) de Managua. Participé en el año 1973 activamente en la fundación del Movimiento Cristiano Revolucionario (MCR), que tantos cuadros y dirigentes formó para el FSLN. Los dirigentes de la Revolución me enviaron a Washington en 1976 para denunciar los crímenes y violaciones de los Derechos Humanos del dictador Somoza ante el Congreso de los Estados Unidos. A mi regreso a la Patria el Presidente de la Cámara del Senado de Nicaragua propuso que se me declarara traidor al país. Luego fundamos la Comisión Nicaragüense de Derechos Humanos, etc.

Mil detalles de nuestras luchas, temores y esperanzas de los sacerdotes que participamos en esos años de lucha se quedan en la pluma por falta de espacio. Siempre motivados por la fe, pero muchas veces caminando a oscuras, queriendo ver seguir al Señor de la Historia, cuando sólo veíamos crímenes y al dictador sonriente saliendo victorioso de todos los avances. Se oscurecía a veces la esperanza. Muchas veces sentí

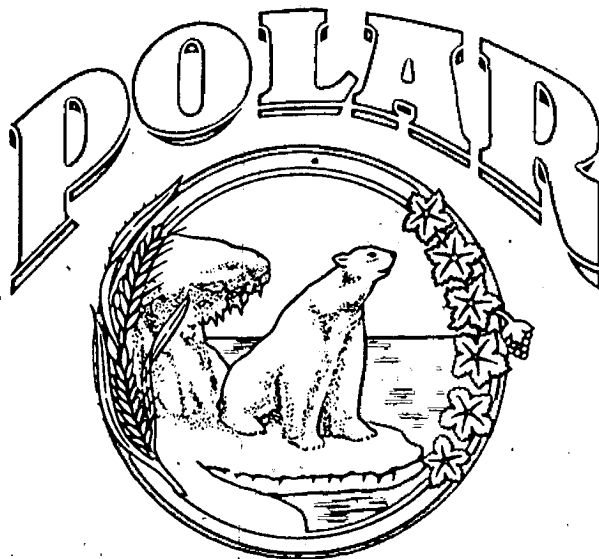
miedo, mucho miedo, sobre todo a las torturas. A pesar de la orden de captura que había contra nosotros, entramos en Nicaragua el 4 de Julio de 1978. Antes de dos meses tuvimos que pasar completamente al trabajo clandestino; luego vino la Insurrección de Septiembre y la Ofensiva Final del año siguiente, que con el sacrificio heroico de 50.000 compatriotas, llegamos al triunfo popular el 19 de Julio de 1979. No éramos los únicos Religiosos que hacíamos algo en la lucha; otros sacerdotes apoyaban desde su predicación del evangelio, muchísimos religiosos y religiosas colaboraban de variadísimas formas con los guerrilleros y miles de cristianos combatían desde todas las trincheras y barricadas de los campos y ciudades de Nicaragua. Al final, los Obispos condenaron en algunos escritos las violaciones del Dictador contra los Derechos Humanos y en varias oportunidades tomaron posiciones firmes contra Somoza. Pero todo esto en medio de grandes contradicciones y llegando hasta el día de la Victoria sin haber escrito nunca ni una letra a favor de la lucha del FSLN. Peor aún, condenaron muchas veces la lucha del pueblo cuando condenaban en sus escritos la violencia "viniere de donde viniere", con lo que ponían a la misma altura la injusta violencia del criminal opresor con la legítima y justa defensa del pueblo oprimido. Fue hasta una semana antes de la Ofensiva Final que los Obispos justificaron la Insurrección Popular.

Es importante que quede claro que en ningún momento mis decisiones fueron tomadas por una crisis de mi sacerdocio, sino que para mí fue el itinerario de un sacerdote que va encontrando la dimensión profética de su sacerdocio y las exigencias que ésta lleva consigo en un país como el nuestro. No está de más decir que todos los pasos que tomé en estos años fueron consultados y aprobados por mis Superiores Religiosos y por mi Comunidad.

Confieso estar profundamente convencido que mi pueblo ha sido el motor que siempre me hizo avanzar. Mi único mé-

CORTESIA DE

MALTIN



rito fue meterme entre ellos, y dejarme empujar.

V. PAPEL DESPUES DEL TRIUNFO

a) Una vez alcanzado el triunfo revolucionario, cabría haberse retirado del activismo político. No lo hicimos porque preveíamos la dureza de la lucha. Además nuestro nuevo proyecto no significaba participar del poder, sino reforzar la posibilidad de que los pobres tuvieran el poder. Y porque queríamos continuar la lucha del hombre nuevo en el nuevo proyecto, manteniendo la presencia de valores cristianos en él y la posibilidad de que un proyecto izquierdista en el poder por primera vez no fuera anticristiano. Y esta posibilidad histórica era amenazada y débil. Somos un pequeño país de 3 millones de habitantes.

b) Sentimos que teníamos encima los ojos de América Latina, que éramos un símbolo de la ruptura con el poder en la Iglesia. No los podíamos defraudar. En realidad lo que hemos cosechado ha sido trabajo, sacrificio y amenazas de atentados, de secuestros y de ninguna manera vanidad o privilegio, que habitualmente van unidos a la imagen de cargo político, sobre todo en los países desarrollados.

c) Por otro lado, las tareas que nos han encomendado son de una gran coincidencia con las tareas propias de nuestra vocación sacerdotal. Los dirigentes de la Revolución, a los quince días del triunfo, me encargaron la Alfabetización; se movilizó todo nuestro pueblo, y la mayor parte de nuestros estudiantes se fue a las montañas del país y logró reducir nuestro índice histórico del analfabetismo del 51 al 12.9 por ciento en cinco meses de entrega total. Fue nuestra Segunda Insurrección. Me sentí más realizado como sacerdote enseñando a leer a mi pueblo que enseñando Platón y Aristóteles en la UNAN.

Los cristianos tuvimos en esta epopeya una participación importante. En la clausura del Segundo Congreso de Alfabetización, el compañero Carlos Carrión Cruz, Delegado de la Dirección Nacional del FSLN ante la Cruzada Nacional de Alfabetización, al presentar las conclusiones finales decía al respecto: "Es también indispensable resaltar que en estos días se están gastando toneladas de papel y tinta para tratar de convencer a los cristianos que no se puede ser cristiano y revolucionario al mismo tiempo. Sin embargo, los verdaderos cristianos, tanto religiosos como laicos, no han perdido el tiempo en esas elucubraciones teóricas, y a través de su destacada participación en la Cruzada han demostrado en la práctica que ser cristiano y ser revolucionario no sólo es posible sino que es también indispensable".

Al terminar la alfabetización, el FSLN accedió a mi petición de trabajar con la "Juventud Sandinista 19 de Julio". Yo sé que ese trabajo se podía fácilmente desautorizar eclesiásticamente poniéndole la etiqueta de "trabajo político", pero la realidad es que la Revolución Sandinista puso a un sacerdote en un puesto directivo, en la formación de lo más precioso que tiene: su juventud, es decir, su futuro. Como sacerdote y como educador me siento profundamente realizado de haber trabajado con una organización que involucra a más de 60 por ciento de los estudiantes nicaragüenses.

En el mes de julio de este año 1984 me nombraron Ministro de Educación. Miguel y Ernesto han seguido realizando en sus respectivos Ministerios una labor extraordinaria a favor del pueblo, reconocida en todas partes del mundo. El P. Edgard PARRALES pasó a defender la justicia de la Revolución desde la Embajada en la OEA en Washington.

VI. REFLEXIONES FINALES

a) Somos conscientes de ser casos excepcionales o frontizos en la práctica legalmente admitida por la Iglesia. No pretendemos que sea nuestro caso un preludio de generalización ni esperamos que en todas las revoluciones que se están realizando en América Latina tengan que ocupar los sacerdotes puestos de Ministros de Estado. El permiso de permanecer en



Mi compromiso con los pobres de Nicaragua

nuestros cargos, que la Conferencia Episcopal nos dio en Junio de 1981, se basa en la consideración de que es una "excepción por la emergencia" en que seguimos los nicaragüenses, después de la guerra de liberación.

b) Pero al estar en la frontera cumplimos una misión apostólica bien propia del sacerdocio, ejecutando una función de liderazgo, servicio de la fe en medio de un movimiento histórico secular, al que pretendemos ayudar no sólo a no ser irreligioso ni anticristiano, sino a ser verdaderamente "revolucionario", humano en la Revolución, verdaderamente servidor de los pobres.

c) Piénsese que lo que está en cuestión no es un canon, sino que la fe, de veras, admita su posibilidad de encarnarse en la opción por los pobres, que está mundialmente ilegítimada por los poderes.

d) Nadie podrá ignorar la trascendencia que tiene para el futuro de una nación que los dirigentes de su Revolución reconozcan públicamente la importancia de la participación cristiana. En un comunicado oficial de la Dirección Nacional del FSLN sobre la Religión, el 7 de Octubre de 1980, se leen algunos párrafos como éstos: "Los patriotas y revolucionarios cristianos son parte integrante de la Revolución Popular Sandinista, no de ahora sino desde hace muchos años"... "Una gran cantidad de militantes y combatientes del FSLN encontraron en la interpretación de su fe las motivaciones para incorporarse a la lucha revolucionaria y, por consiguiente, al FSLN"... "Todos ellos fueron hombres humildes que supieron cumplir con su deber de patriotas y revolucionarios sin enredarse en largas discusiones filosóficas"... "Los cristianos han sido, pues, parte integrante de nuestra historia revolucionaria en un grado sin precedentes en ningún otro movimiento revolucionario de América Latina y posiblemente del mundo".

e) Creo que en Nicaragua se nos debe dejar decir una palabra sobre Jesucristo con los hechos, con el testimonio, animando y acompañando a los cristianos que están dentro de un proceso histórico, que también nos dice y nos enseña de la acción del Espíritu de Jesús.

Hemos compartido con Uds. mi testimonio y una experiencia eclesial para mí profundamente dolorosa. Desde mi punto de vista y desde mi experiencia personal es posible vivir, en mi caso, simultáneamente mi fidelidad a la Iglesia como jesuita y como sacerdote y también dedicarme al servicio de los pobres de Nicaragua desde la Revolución Popular Sandinista, sin embargo se me prohíbe conjugar los dos grandes amores de mi vida; en realidad no son dos sino uno solo (Mt 25). Termino con fe, esperanza y amor cristiano, deseando haber cumplido, a pesar de mis deficiencias, con las exigencias del Señor y de mi pueblo sobre mi vida. Una vez más les pido su oración y su acción solidaria.